

del buque. Nos levantamos de la mesa, donde principiábamos la comida, para cerciorarnos. En efecto, después de fijar la vista diez o quince segundos en el horizonte, vimos la parte alta de la isla a una distancia de 30 millas. El Capitán corrigió su rumbo y continuó la navegación.

A las 7.30 p. m., espesa niebla cubrió el horizonte; juzga el Capitán prudente ponerse a la capa; casan el timón a babor y el buque principia a girar sobre sí mismo, a un cuarto de máquina.

### VIERNES 10

A las 5 a. m. el buque continuó su marcha hacia la parte más obscura del horizonte que coincidía con el rumbo dado ayer tarde.

A las 7.30 las brumas desaparecen, y cuáles no serían nuestras caras al notar la fuga de la isla que suponíamos en nuestra vecindad. El Capitán se violenta y grita: "Esta es una isle cochine misteriose, preferible ir la infierno, que venir a este maldite isle! Muyayo, traé el carta grande"; y repite, por vigésima vez en el viaje, sus cálculos y observaciones. En honor al mérito debemos confesar que este Capitán Fradin, además de excelente amigo, es un marino competente, laborioso y celoso de su profesión. Después de invitarnos a un bitter, que tomamos, resolvió continuar navegando sobre el mismo rumbo hasta el medio día, hora la más adecuada para una nueva observación. Nos aseguró que es la navegación más difícil que ha tenido en su vida de Capitán, no obstante haberla hecho muchas veces porque "este diable de isle es muy misteriose y cochine". En efecto, tiene sus bemoles hallar este pedacito de tierra en la inmensidad del acéano, a 263 millas de Cabo Blanco, 280 de Golfo Dulce y 540 de Panamá; y por el hecho de estar tan próxima al Ecuador, de donde sólo dista 5°, se pasa siempre lluviosa, llena de brumas y batida por constantes tempestades.

A las nueve menos cuarto fuimos a hacerle compañía al Primer Oficial, señor Rosales, que estaba de guardia sobre el puente. Ocupábamos una silla a su lado y silenciosos concentramos el pensamiento en una sola idea: descubrir los primeros la isla. Cinco minutos de esta observación bastaron

para cumplirse nuestros deseos: sea la casualidad, sea el poder de la voluntad, el caso es que divisamos la isla y la anunciamos a 25 millas, más o menos, a estribor del barco.

Sucedió lo siguiente: deseando evitar el Capitán llegar de noche a la isla, cuando lo creyó oportuno, como dijimos antes, puso el vapor a la capa. La corriente lo arrastró 14 millas al Nordeste de la isla; por lo tanto al amanecer hoy nos encontrábamos como a 35 millas, siguiendo un rumbo extraviado.

Celebramos con una copa de whiskey la aparición de la isla, y el espíritu, antes por completo decaído, se reanimó acariciando los planes que teníamos de antemano proyectados...

¡Qué bien huele la cocina! Sin duda algún volátil debe asarse en la parrilla!

El Capitán dió el menú esta mañana al mayordomo; pero estábamos tan preocupados, que por primera vez nos fué indiferente un acto tan importante para los que tenemos la dicha de gozar con la buena comida.

La mesa de Monsieur Fradin no deja nada que desear al más exigente gastrónomo: a esta hora llevamos sacrificados tres pollos, una gallina, dos patitos tiernos y un pavo que está en sancocho para mañana... y apenas estamos a viernes. ¡Qué nos aguardará el domingo, siendo como es costumbre en todas partes hacer una extra! ¡Oh, humanidad, cuán infeliz os hizo la madre naturaleza al dotaros del tubo digestivo! Por dicha todo tiene su compensación.

9.30 a. m. Vemos ahora la isla, muy bien: sobre un fondo gris, se destaca azul su forma caprichosa semejante a una cresta de gallo.

3 p. m. Divisamos en este momento el yate *Rose Marine* balanceándose en la bahía de Chatham; acaba de izar en popa el pabellón inglés, y a fin de tranquilizarle con respecto a nuestro buque, el Capitán da órdenes para izar en el palo mayor una de las mayores banderas de abordó.

4.45 p. m. Estamos entrando en la bahía de Wafer, pequeña ensenada, la mejor abrigada de la isla, donde están los edificios del Teniente-Gobernador y de la guarnición. Está formada en grupos sobre la playa, aguarda ansiosa noticias de su familia y del mundo. Vemos dos banderas

nacionales flamear orgullosas sobre los edificios dichos, significando así que el Gobierno de Costa Rica es quien ejerce soberanía sobre este apartado montón de rocas.

5 p. m. Deja caer el Turrialba sus pesadas anclas a una profundidad de 16 brazas, a 400 metros del desembarcadero.

Un gigante de luengas barbas y porte erecto, saliendo de uno de los edificios encamínase ahora hacia la playa. Es Augusto Gissler, el Teniente-Gobernador de la isla, hombre intrépido y tenaz que persiguiendo un ideal, ha sacrificado los mejores años de su vida en esta remotidad. Le dirigimos un saludo con el pañuelo y pasamos al comedor, donde la sopa nos esperaba.

A los postres dice el Capitán:

Muyayo, alista el bote. Eso sí, con la condición de no permanecer más de un cuarto de hora, pues la marea no da tiempo.

Bajamos al bote, y sobre altas olas llegamos en un tris al pequeño riachuelo donde saltamos a tierra.

Gissler, su señora, el Mayor Fernández y una docena de soldados nos recibieron efusivamente.

¡Magníficas gentes! Sobre todo el Capitán Gissler y su esposa, dos personas amabilísimas; nos colmaron de atenciones.

## SABADO 11

A las 6 a. m. principió el desembarco de las provisiones para la guarnición.

A las 8¼ recibimos la visita del Mayor Fernández y del Sargeno. Les agasajamos bastante para hacerles olvidar siquiera por un momento, las tristezas de su existencia actual.

A las 9 salió la lancha que conducía los exploradores del fondo del mar, que traíamos a bordo, a practicar sus reconocimientos en el contorno de la bahía Wafer e islotes que la protegen.

Después de almuerzo nos fuimos a tierra a tomar un baño en las cristalinas aguas del riachuelo. De regreso nos invitó Gissler para una taza de café, que fué verdadero lunch, y que aceptamos con sumo placer, como pretexto para disfrutar de su amena e interesantísima conversación, que

hacíamos recaer siempre sobre la isla y su célebre tesoro, a fin de llenar un compromiso contraído con el redactor de El Pacífico, para quien escribíamos estas mal hilvanadas notas. No es una obra literaria la que elaboramos, sino la relación simple y llana de las impresiones recogidas.

A las 3 saltó a tierra el Capitán Fradin: con su charla sabrosa, instructiva y chispeante, hizo delicioso el tiempo, al extremo que los esposos Gissler, con el fin de que prolongáramos nuestra visita, fraguaron una fina trampa en su reloj de mesa que marcaba las 4.30 cuando el nuestro marcaba las 6 menos cuarto. Como el sol se ocultaba tras un cerro de 2,500 pies, no pudimos comparar la hora y tuvimos que convenir en que algún fenómeno se había operado en nuestro Waltham. El Capitán estaba en pie ya, y no había manera de detenerle; puso proa a a playa y nos marchamos, no sin haber quedado comprometidos a volver al siguiente día a almorzar con ellos.

¿Y la lancha pescadora?

Ya había regresado de su primera correría, trayendo una ostra, cuyo molusco deslizó el capitán por su garganta, conservando nosotros la concha.

La comida fué bien triste a consecuencia de este resultado, pero conservábamos esperanzas para el día siguiente.

## DOMINGO 12

A las 8 saltamos a tierra a tomar nuestro baño y a devolver la visita al Mayor Fernández. Este jefe, así como la tropa a su mando, está ansioso por regresar a tierra firme. La vida es muy monótona e inactiva, tal vez a consecuencia del mucho pensar en sus hogares. Tienen abundancia de provisiones, pero carecen de alguna comodidad y buen aire en el edificio donde están hospedados, debido a su estrechez. Juzgamos sea esta la causa del mal color que notamos en la mayoría de los semblantes.

A las 9 departimos con Gissler en grata conversación, sentados en el corredor de su pintoresca casita, poéticamente situada entre cocoteros y almendros, a cuatro metros de la playa que baña el mar diariamente y a prudente altura sobre el nivel del suelo.

Recayó la conversación sobre el temblor del 20 de enero, que fué en Puntarenas un terremoto. Nos dijo que jamás se habían sentido temblores en la isla; pero que en esa fecha como a las 8 de la noche, comenzando la marea a vaciar, notó con sorpresa que en menos de cinco minutos se retiró el mar más de 69 pies; y no habían transcurrido 8 minutos cuando volvió con tal impetuosidad y ruido, que inundó todo el patio, arrancando algunas palmeras próximas a la boca del río; que el fenómeno le hace prejuzgar la existencia de un volcán submarino cercano a la isla, con cuya opinión estamos de acuerdo, pues desde hace cuatro años que se experimentó en Puntarenas y en la península de Nicoya un temblor casi igual al del 20, concebimos la sospecha de la existencia de un volcán submarino en nuestra vecindad.

A las 10 y 30 se presentó el capitán Fradin y el Mayor Fernández, que eran los otros invitados, vestido éste de gala. Se sirvió la primera copa de whiskey en finos cristales de Bohemia.

A las 11 nos condujo la señora Gissler al comedor, y tomando asiento alrededor de una mesa cubierta con finísimos manteles y adornada con arte y buen gusto, dió principio el almuerzo, al cual hicimos todo honor con nuestro proverbial apetito. Era tan bueno aquello, se respiraba tal confort y tal cordialidad, que nos pareció un sueño aquella fiesta sobre una roca casi desierta, de 14 millas de circunferencia.

Satisfecho el apetito, con el corazón contento y con un lápiz en la mano, nos dispusimos a escuchar las aventuras del Capitán Gissler relatadas por sus propios labios:

“En febrero de 1889 arribé por primera vez a esta isla en la barca *Withelmina*, de 350 toneladas, con una expedición de 14 hombres. Transcurrido un mes, y viendo que el trabajo era muy grande, construí una casita en esta bahía, en donde me instalé con tres marineros. Pocos días después resolví regresar a Valparaíso, punto de mi salida, a conseguir provisiones, y volví a la isla en el buque *Clorinda*, a fines de setiembre del mismo año.

En diciembre, agotadas las provisiones y escaso de recursos, abandoné la isla y me fuí a hacer un cargamento de

carbón a Coronel, y con el producto del flete compré lo que necesitaba y salí de nuevo para ésta en octubre de 1890.

Permanecí cuatro meses trabajando duramente, al cabo de los cuales emprendí viaje para Puntarenas con la resolución de embarcarme para Europa a buscar dinero y a gestionar con el Gobierno del señor Rodríguez un contrato que se llevó a efecto en 1891. De Europa salí para San Francisco, donde compré el yate *Haysset*. Cargué en él las provisiones que le cupieron y salí para Puntarenas en junio de 1892, arribando sin novedad a este puerto después de 57 días de navegación.

En Puntarenas embarqué en el yate otras mercancías que había despachado por vapor de San Francisco, y me hice a la vela para esta isla.

En el mismo yate volví a Puntarenas y lo negocié con un capitán noruego, y éste con don Alfonso Salazar.

Por ese tiempo recibí cartas en que me aseguraban que en Boston había personas que tenían datos precisos sobre el punto donde se hallaba escondido el tesoro. Sin demora salí para Boston, donde compré la información por 700 dólares y traje, además, un representante de los dueños del secreto. Contraté en Panamá el vapor *Acapulco* que me trajo directamente al Coco, y dejé arreglado con la *Pacific Mail* enviaran 20 días después otro vapor. En efecto, despacharon el *San Blas* y en él regresé al istmo sin haber obtenido resultado alguno con respecto al tesoro. Esto sucedió el 93, y en el 94 celebré un nuevo contrato con el Presidente Rodríguez, en virtud del cual salí para Europa en busca de más dinero y de algunas familias para colonizar la isla. Regresé en diciembre de aquel año con seis familias, trayéndome de Panamá, directamente, el vapor *Costa Rica*.

En febrero de 1895 visitó por primera vez esta isla el vapor nacional *Turrialba*, al mando del Capitán Passmore, y entre ambos levantamos la carta hidrográfica que en la actualidad se usa.

En mayo vinieron siete familias más en un vapor americano; y en setiembre, estando escasos de provisiones y sin esperanza de que llegara alguna embarcación, me puse a construir el primer bote, que eché al agua seis semanas después. Me hice a la vela para Puntarenas favorecido por

fresca brisa a la popa, y en cuatro días salvé las 300 millas que separaban este lugar de aquel puerto.

Un nuevo contrato con el Gobierno del señor Yglesias puso en mejores condiciones la colonia, pues se estipulaba que el vapor **Turrialba** haría viajes mensuales. Los tres tripulantes que me acompañaron en el bote, desertaron dejando a sus mujeres abandonadas en la isla. Estas mujeres resolví despacharlas para Puntarenas en el primer viaje del **Turrialba**. En 1897, falto de provisiones y comunicación—pues este vapor no volvió—compuse un bote viejo que estaba en ruinas y salí para Puntarenas acompañado de dos hombres, con tan buena suerte, que en 52 horas hice la travesía.

Estando en tierra firme, arribó una expedición del Gobierno inglés en buques de guerra a buscar el tesoro.

Un barco alemán me condujo de nuevo a la isla, ya en carácter de Teniente-Gobernador, puesto para el cual fui nombrado por acuerdo N<sup>o</sup> 181 de 11 de noviembre.

En 1898 fui honrado con la visita del Licenciado don José Astúa Aguilar, Ministro de Fomento y Agricultura de la Administración Yglesias, que llegó en el vapor nacional **Poás**. Por ese entonces sólo quedaban tres familias de la colonia, las cuales también se fueron.

Durante 22 meses quedé privado de comunicaciones, y agotadas las provisiones no que quedó otro recurso que ponerme a construir un paillebot, que eché al agua seis meses más tarde con el nombre de **Blotschern** (sueco). Con dificultades enormes, sin más ayuda que la de mi esposa y un hombre, pude sacar del astillero esta nave. Los tres fuimos los únicos tripulantes y llegamos a Puntarenas, sin ninguna novedad, con cinco días de mar.

Me embarqué para los Estados Unidos y no volví a la isla sino un año después, en un buque noruego que contraté en Puntarenas—diciembre de 1902.—Permanecí sin comunicación hasta febrero de 1905, que arribó a la isla el yate **Rose Marine**, propiedad de Mr. Gray, con quien negocié un contrato para sacar el tesoro. El **Rose Marine** regresó a Panamá, y Mr. Gray continuó viaje a Europa a proveerse de fondos y otros elementos. A los siete meses volvió, y desde entonces trabaja activamente con una cuadrilla de operarios, pero sin esperanza aún de alcanzar el objeto de sus ansias.

Yo he buscado durante dieciséis años sin descanso, porque tengo la evidencia de que existen tres depósitos que nadie ha logrado sacar, y no pierdo la fe en ver coronados mis esfuerzos, tarde que temprano, con el éxito más completo.

En el año 1846 arribó a la isla del Coco el primer hombre que encontró algunas piezas del tesoro. Se llamaba John Keating.

El hecho sucedió así: arribó a la isla una expedición al mando del Capitán Boag. Este hombre escogió a Keating para que le acompañara a tierra, y salieron los dos del costado del buque, que se hallaba fondeado en la bahía de Chatham, en dirección a la bahía de Wafer. Un día después regresó Keating a bordo refiriendo que había naufragado con el Capitán y que éste se había ahogado.

Inmediatamente el buque zarpó para St. Johns, Newfoundland, punto de su partida.

Aunque Keating contó a las autoridades y demás vecinos lo acontecido con su capitán, nadie le creyó y era opinión general que él lo había asesinado; pero como no hubo testigos del hecho, quedó en libertad.

Cuatro años después, Keating organizó una nueva expedición, y llegado que hubo al Coco, saltó a tierra solo y permaneció allí dos días y una noche. Indudablemente no pudo encontrar nada porque en cuanto llegó a su buque se hizo a la vela para Newfoundland.

Con sorpresa vieron los habitantes de St. Johns que Keating, pocos días después de su regreso, cambió por la suma de £ 1.300 una porción de monedas antiguas.

Con este motivo las gentes se convencieron de que Keating había asesinado a su patrón y que ese dinero lo tenía guardado desde antaño. Esto se corroboró por las conversaciones de Keating, quien aseguraba que él había visto el tesoro con Boag, y que consistía en monedas de oro antiguas, barras del mismo metal, espadas, muchos brillantes y una imagen de María, que pesaba tanto, que no pudieron levantar; que solamente tomaron el dinero que pudieron cargar en los bolsillos.

La creencia general es que solamente Boag sabía dónde estaba el tesoro y que Keating le asesinó para robarle cuando aquél se presentó cargado de manedas.

Keating murió sin volver a la isla, porque no encontró quien quisiera acompañarle, debido a la desconfianza que inspiraba.

Por todo testamento dejó a su viuda un papel fechado el 6 de agosto de 1882, en el cual daba pormenores sobre el tesoro, y un pequeño mapa para la orientación, hechos de su propia mano, firmado John Keating y autenticado por dos testigos. (Estos documentos los ha visto y tenido en sus manos el que esto escribe).

En 1893 el Capitán Gissler compró a Mr. Young, suegro de Keating, una información de éste, por la suma de \$ 700.00, comprometiéndose además a participarlo en una pequeña parte del negocio. Young envió con Gissler un representante suyo, tanto para resguardo de sus intereses como para que le ayudara en los trabajos de comprobar la información.

Todo fué inútil, y se tuvo la evidencia, por consiguiente, de que Keating no conoció personalmente el lugar donde se hallaba el ensiado depósito, en virtud de lo cual había que emprender grandes trabajos de excavación entre la Bahía de Chatam y la Wafer.

En 1897, la viuda de Keating, siendo una vieja de 65 años, vino a la isla en la expedición inglesa del **British Columbia**.

Una vez en tierra recorrió los mismos puntos que su marido, haciendo al propio tiempo la descripción de ellos conforme los había oído de su boca; pero no encontraron las señas dejadas por Keating, que consistían en dos piedras marcadas con una K y una flecha en dirección contraria. (Cuatro años después Gissler encontró estas piedras).

Habiendo fracasado esta expedición, Gissler hizo un contrato con la viuda, el Capitán Hacket y demás tripulantes, que eran todos accionistas, en virtud del cual entró en posesión de todos los documentos y demás papeles que se relacionaban con el tesoro. Esta expedición regresó a la isla en 1902, pero no habiendo encontrado a Gissler, que se hallaba por esa época en San Francisco, tuvo que regresarse.

En el mismo año arribó otra expedición en el vapor **Luton**, al mando del Almirante Palissy—compañero de aventuras del Conde Fitzwilliam en el yate **Veronique**;—perma-

recieron cuatro días fondeados en la bahía de Chatham y no emprendieron trabajos en tierra.

En 1903, uno de los compañeros de Palissy, Mr. Mommoney, vino a la isla en el yate *Rose Marine* con la última expedición que está en la actualidad trabajando sin resultado alguno hasta la fecha.

Durante la segunda mitad del siglo XIX ha habido infinidad de expediciones, de las cuales sólo se conocen datos de las siguientes, además de las enumeradas anteriormente:

1878. Expedición americana de la barca *Roscol*, Capitán Emerson. (Gissler conserva el diario y un mapa, donde con tinta roja se indican los lugares donde trabajaron).

1897. Expedición inglesa de dos buques de S. M. B. Desembarcaron 60 hombres en la bahía de Wafer y trabajaron durante diez días sin éxito.

1898. Arribó el yate *Vine*, Capitán Burns. (Gissler posee algunos papeles de esta expedición).

Deseando visitar el lugar donde existió el presidio fundado en 1879, solicitamos al Capitán Fradin una de las chalupas de su buque con dos tripulantes. Sin guía alguna, únicamente alentados por el buen tiempo, salimos de a bordo a las 8 a. m. del lunes, día tercero de nuestra permanencia en la pequeña playa de la Bahía de Chatham. ¿Cuál no sería nuestra sorpresa al encontrarnos en medio de un cementerio? Esto creímos al principio; pero cuando habíamos leído las primeras inscripciones, nos convencimos de que no eran muertos los que ahí reposaban, sino recuerdos dejados por los cientos de buques que expresamente o por arribada forzosa, habían tocado en aquel punto.

En una distancia de más de 100 metros a uno y otro lado del riachuelo que en forma de una Y griega desemboca, se encuentran más de doscientas pequeñas piedras, con nombres de buques y personas, así como del año que corría.

Siguiendo el cauce del río, enormes rocas se ven totalmente llenas con las mismas inscripciones tan artísticamente grabadas algunas, como hechas por lapidarios.

Desde aquel momento una idea surgió en nosotros, buscar las más antiguas y tomar nota de ellas, para dar alguna

importancia a este diario con que venimos fastidiando a los numerosos suscritores de *El Pacífico*.

Con la cooperación de uno de los marinos, a quien pusi-  
mos a lavar el mohó de los grabados, desciframos los  
siguientes:

- Bark Marripó, 1814.
- Cretan, July 3, 1819.
- Ship Atala Boston, 1817.
- S. Leonidas N. B. 17 M., 700.
- Bark Octavia. C. Monter April, 1831.
- Ship Alex. Dr. Coffin, 1833.
- Ship Kingston, August, 1831.
- Ship Myp E. Smith, 1833.
- Davis, 1835.
- Joshua, March, 1839.
- West, 1834.
- Martha Newport, March 2, 1839.
- Ship Ava, 1849.
- Ship Ocean, 1852.
- Ship Brand, Feb. 781.
- Trident, May, 1863.
- Llevrett, May, 1849.
- Boyoct, 1849.
- Luty Ann, 1849.
- Balaena, 1846.
- Winsdo, Tomas Cass, Lima. B. S. Clark, May 11, 1851.
- Chadwick, 1855.
- Ship Isaac Food, A. M. Morrison, 1865.
- Dexter, 16 June on D. 2 Nov., 1873.
- Virginia Marks, April 11th. 1873.
- Adolfo Messen, Octbe., 1889.
- Araujo, 1865.

Estábamos embebidos en este trabajo, cuando la cam-  
pana del *Rose Marine*, que como dijimos al principio de esta  
relación, se hallaba fondeado en la Bahía de Wafer, dió las  
once. Recordamos que Mr. Gray y su amabilísima esposa  
habían tenido la fineza de invitarnos el día antes para un  
almuerzo en su yate, y aunque nos habíamos excusado por  
falta de indumentos adecuados, sentimos en aquel momen-

to tal apetito, que echamos a rodar toda preocupación y nos dispusimos a reembarcarnos, operación que nos costó más de media hora de lucha, porque la resaca era fortísima.

Llegamos a bordo y fuimos cordialmente recibidos; como apenas sí hablamos una que otra palabra del idioma de Milton y Shakespeare, y nuestros anfitriones estaban en la misma con respecto del de Cervantes, nuestra permanencia a bordo fué una continuada pantomima, cada cual con un diccionario inglés-español en las manos y expresándose con éstas y los ojos. Nos reímos bastante y comimos mejor. A las 2 p. m. nos despedimos de tan simpáticas como cultas personas, y tomamos el camino que conducía al **Turrialba**. Cuando atracamos, el Capitán estaba ya sobre el puente, el ancla a pique y la caldera con tres atmósferas.

Diez minutos después el silbato anunció la partida.

Cuantos pañuelos llevábamos en los bolsillos fueron pocos para expresar a Gissler, su señora y demás compañeros, nuestro adiós y el sentimiento con que les dejábamos.

Pausadamente el **Turrialba** salió de la bahía para facilitar al Capitán sus observaciones, dió rumbo al Cabo Blanco, se saludó con la bandera al **Rose Marine** cuando nos hallamos a su altura, y a las 5.30 p. m. nos sentamos alrededor de la mesa a reponer las fuerzas perdidas, con succulenta comida.

Durante el siglo XVIII y parte del siguiente, la isla del Coco fué estación de balleneros. En la Bahía de Chatham existía una caja abrigada contra la intemperie, donde los buques que llegaban depositaban su correspondencia que traían para los demás balleneros, y cuando concluían su cargamento, era obligación de los capitanes recoger las cartas dirigidas al exterior y franquearlas en la primera oficina de correos que encontraran.

A este tráfico, sin duda, se debe lo único notable que encontramos en aquella isla: las inscripciones en las rocas.

Para terminar daremos algunos detalles acerca de la isla:

Fué descubierta por Dampier, pirata inglés, a mediados del siglo XVII. Hay dos puntos de la isla que llevan su nombre (1).

---

(1) Según Pittier, "de las investigaciones hechas por Lièvre, la primera mención de la isla se encuentra en el mapa llamado de Enrique II,

Lionel Wafer, capitán inglés, arribó a tomar agua y dió su nombre a la pequeña bahía donde nos encontrábamos fondeados.

Vancouver, célebre navegante inglés, fué el que llevó los cerdos a la isla. Estos se han multiplicado de tal manera, que ahora son una verdadera plaga (1).

Sr. Edward Belcher levantó la primera carta hidrográfica en el año de 1836.

El Capitán Passmore, de la marina de Costa Rica, rectificó esta carta en asocio de Mr. Gissler, en 1892 (2).

El año 1869 formaron una expedición varias personas de importancia, para ir a la isla del Coco en busca del famoso tesoro. Esas personas fueron: el entonces Presidente de la República, Licenciado don Jesús Jiménez, quien se hizo representar por don Enrique Cooper, el Dr. don Eusebio Figueroa y don Jesús Figueroa, don Rafael Oreamuno, don Santos Dengo, don Francisco y don Jesús Bonilla, don Manuel Bedoya, don Francisco José, don Joaquín y don Desiderio Oreamuno, don Buenaventura Espinach y algunos más.

El Dr. Figueroa contrató en Panamá la goleta en que se llevó a efecto la expedición.

Aquí en Puntarenas, los expedicionarios, notando que la goleta no tenía capacidad para tantos, se quedaron en tierra el Dr. Figueroa, don Desiderio y don Joaquín Oremuno, don Manuel Bedoya, don Buenaventura Espinach y don Santos Dengo. Fué como capitán de la nave don Francisco Roger. Fueron además, como capellán, el presbítero don Rafael Brenes y como médico el Dr. Romero, un corneta de órdenes y dos mozos de servicio.

Por acuerdo N° 141 de 21 de agosto de ese año, dió el Ministro de Guerra, don Alejo Jiménez, a esa expedición el carácter oficial, nombrando Comandante-Gobernador de la Isla al entonces capitán don Rafael Oreamuno. La expedición duró en el viaje de ida, 22 días, y al desembarcar en la isla, lo primero que hizo el Gobernador y Comandante fué

publicado en Francia en 1542, durante el reinado de Francisco I'. William Dampier nació en 1652 y murió en 1715. Recorrió por primera vez el Océano Pacífico en 1683.—N. del C.

(1) Según Pittier el cerdo fué introducido a la isla por el Capitán James Colnett en junio de 1793.—N. del C.

(2) 1894.—N. del C.

enarbolar (1), por primera vez, el pabellón de la República en un palo de balsa, el más alto de la playa. Duraron allí 15 días y regresaron en 7.

En enero de 1896, Gissler construyó el primer camino que atraviesa la isla, de la bahía de Wafer a la de Iglesias (2), y en febrero del mismo exploró la costa Sur.

En diciembre exploró el cerro Iglesias, que tiene 2.500 pies (3) de altura, con objeto de convencerse del origen de los ríos, que era de opinión aceptada, provenían de una laguna que se encontraba en la cima de este cerro.

Era falsa la afirmación.

En el año de 1897 exploró la costa S. E. entre los cabos Dampier, y en el mismo año construyó un camino de la Bahía de Wafer al Cocal, al E. del cabo Dampier.

En nuestro concepto, la isla es volcánica, inútil para la agricultura y sólo colocada por la providencia para dar agua potable y abrigo a las embarcaciones que se ven en desgracia en alta mar.

No se consiguen conchas ni caracoles: nos venimos con la única que encontramos el primer día de exploración.

(1) Posiblemente ya había sido enarbolarado en 1832, cuando visitó la isla la primera expedición.—N. del C.

(2) Debe referirse a la bahía de Chatham, cuyo nombre se trató de cambiar.—N. del C.

(3) Según Liévre 645 m. Passmore 675 m.—N. del C.

SASTRERIA SILES

*Pedro Siles Rodríguez*

SASTRE DE PRESTIGIO

75 Sur Teatro Moderno



El Presidente Roosevelt en la Isla del Coco

## *Lista Cronológica de expediciones conocidas que han visitado la Isla del Coco*

- 1542 ¿ Navegantes franceses. Mención, Mapa Enrique II.  
 1682/91 William Dampier.  
 ? Lionel Wafer.  
 ? John Eaton. Nave Nicklaus.  
 1687 O. Exmeln. Journal du voyage fait a la mer du sud.  
 1716 Georges Spilberg. Recuil des voyages.  
 1740 G. Anson. Voyages autour du monde dans les années a  
 1744.  
 1791 Corbetas españolas Descubierta y Atrevida.  
 1793 James Colnett. Barca Rahter.

- 1795 Jorge Vancouver. Buques de S. M. B. Chatham y Discovery, científica.
- 1832 Expedición costarricense en auxilio de unos naufragos chilenos.
- 1836 Sir Edward (Cap. Belcher) nave Sulphur, científica.
- 1846 Capitán Boag. En busca del tesoro. Cita del Capitán Gissler.
- 1847 Le Génie. Científica.
- 1850 Capitán John Keating. En busca del tesoro. Cita del Capitán Gissler.
- 1869 Expedición costarricense. Capitán Roger; Teniente-Gobernador, Capitán Rafael Oreamuno. En busca del tesoro.
- 1878 Expedición norteamericana. Barca Roscol. Capitán Emerson. En busca del tesoro.
- 1879 Expedición norteamericana, Pailebot Asturia. Capitán Tomás Master. En busca del tesoro.
- 1879 Expedición costarricense. Vapor Irazú. General Rafael Villegas. Informativa.
- 1879 Expedición costarricense. Pailebot Liberia. Luis Goeris. Científica.
- 1879 Expedición norteamericana. Pailebot Vanderbilt. En busca del tesoro.
- 1880 Expedición costarricense. Vapor Alajuela. General Tomás Guardia, Presidente de la República.
- 1880 Expedición costarricense. General Pedro Quirós y Dr. Rafael Morales.
- 1882 Expedición costarricense. General Pedro Quirós, Militar.
- 1889 Expedición francesa. Le Chapelain, Dr. Liévre. Científica.
- 1889 Capitán Gissler. Barca Withelmina. En busca del tesoro.
- 1890 Capitán Gissler. Barca Clorinda. En busca del tesoro.
- 1891 Yate Haysset. En busca del tesoro.
- 1891 Expedición norteamericana. Buque de guerra Albatross. Prof. Alejandro Agassiz y C. H. Townsend.
- 1894 Expedición costarricense. Capitán Reginald Mc. Cartney Passmore. Científica.

- 1897 Expedición inglesa. Dos buques de S. M. B. En busca del tesoro.
- 1897 Fred Hackett, goleta **Aurora**. En busca del tesoro.
- 1897 Almirante Palissy. Vapor **Luton**. En busca del tesoro. No hicieron trabajos.
- 1898 Expedición norteamericana. Yate **Vine**. En busca del tesoro.
- 1898 Expedición costarricense. **Poás**. Lic. José Astúa Aguilar, Enrique Pittier, Anastasio Alfaro, Ing<sup>o</sup> Nicolás Chavarría Mora. Científica.
- 1903 Mr. Gray. **Rose Marine**. En busca del tesoro.
- 1905 Expedición Costarricense. Capitán **Fradin**. **Turrialba**. Científica.
- 1927 Teniente Williams, Lancha **Estrella de Coto**, antigua **Sultana**. En busca del tesoro.
- 1934 Expedición inglesa **Queen of Scotts**. Capitán Charles Arthur. Expulsados por las autoridades costarricenses.
- 1934 Expedición costarricense. **Valle Riestra**. Jefe Militar expedicionario: Teniente-Coronel Gilberto Paniagua.
- 1935 Expedición inglesa. **Veracity**. Eric N. Alers-Hankey. En busca del tesoro. Actualmente en la isla.
- 1935 Expedición costarricense. **Veracity**. Teniente-Coronel Luis Valenzuela. Militar.

**Tinta negra para teñir zapatos y artículos de cuero, producto de la**



# Tintorería Gadi

PROPIETARIO Y PRODUCTOR:

**Víctor Cordero Bolaños**

MAESTRO NORMAL

## BIBLIOGRAFIA COSTARRICENSE DE LA ISLA DEL COCO

---

- 1832 Ley N° LIV. Auxilio náufragos chilenos. Colección Leyes 1832, página 141.
- 1874 Ley N° XXXI. Establece un Presidio Isla del Coco. Colección Leyes 1874, página 89.
- 1874 Decreto N° 14 íd. id. (11 julio 1874) *Gaceta Oficial* N° 27.
- 1879 Informe General Rafael Villegas. *La Gaceta* N° 382.
- 1879 Informe Luis Goeris, *La Gaceta* N° 436.
- 1879 Expedición Isla del Coco. *El Ferrocarril* N° 332, 7 junio 1879.
- 1880 Visita la isla el Presidente de la República General Tomás Guardia, *La Gaceta* N° 590.
- 1880 Informe del General Pedro Quirós y Dr. Rafael Morales, *La Gaceta* Nos. 563 y 590.
- 1881 Traslado del Presidio a la isla de San Lucas, *La Gaceta* N° 995. (16 juio).
- 1880 Restablecimiento del Presidio, *La Gaceta* Nos. 1202, 1341 y 1350.
- 1883 Memoria de Guerra.
- 1890 Expedición del Clorinda y Whelmine. *El Partido Liberal* 1890..
- 1891 Contrato de colonización celebrado con el Capitán Augusto Gissler, Colección Leyes 1891, página 9.

- 1894 Contrato de colonización. A. Gissler, Colección de Leyes 1894, página 164.
- 1895 Informe sobre la isla por el Capitán Reginaldo Mc. Cartney Passmore, Memoria de Guerra 1894-95 (1895) Anexo.
- 1895 Informe Figueroa. Memoria de Guerra 1894-95, páginas 78, 86.
- 1896 Contrato de Colonización. Ley N° 2 (11 agosto), Colección leyes 1896 página 329.
- 1896 Situación Geográfica. Monografía. El Diarito, Nos. 945 y 1057.
- 1896 Monografía. Meany y Meany. Heraldo de Costa Rica, N° 1282.
- 1897 Acuerdo N° 181 nombrando al Capitán Augusto Gissler, Teniente-Gobernador de la Isla. La Gaceta N° 114, 12 noviembre 1897.
- 1897 Historia de un peregrino. El Imparcial. Nos. 4 y 5.
- 1898 Hallazgo del Tesoro de la Isla del Coco. El Pacífico, N° 282, 1898.
- 1898 Apuntamientos sobre la Isla de Cocos. Enrique Pittier, Memoria de Fomento 1898-99, páginas 141 y siguientes.
- 1898 Mapa de la Isla del Coco. R. Mc. Cartney Passmore. Memoria de Fomento 1898-99.
- 1898 Informe sobre la Isla del Coco. Ingeniero Nicolás Chavarría Mora. Memoria de Fomento, 1898-99, págs. 155 y siguientes.
- 1898 Informe sobre la Isla del Coco. Anastasio Alfaro. Memoria de Fomento 1898-99, páginas 195 y siguientes.
- 1904 La Isla del Tesoro. El Día, N° 1230, 20 diciembre.
- 1904 Coco, isla del Diccionario Geográfico de Costa Rica, por F. F. Noriega.
- 1905 Expedición por A. G. (Agustín Guido), Im. El Pacífico, Puntarenas 1905. Folleto de 25 páginas en 8.º
- 1907 Mollusques. Pablo Biolley. Folleto de 30 páginas.
- 1917 Monografía completa. El Imparcial, Año III, 1917, 13 de mayo.
- 1923 Coco, Isla del. Diccionario Geográfico de Costa Rica, por F. F. Noriega, página 48.
- 1927 Expedición de Mr. Williams el 3 de octubre de 1927. La Tribuna, 13 de noviembre de 1927.

- 1927 Carta del Capitán Gissler al Teniente Williams sobre su estancia en la isla. *La Tribuna*, 18 de diciembre, 1927.
- 1931 El 1º de setiembre de 1931 un grupo de personas se embarcan en Puntarenas en busca del Tesoro. *La Noticia*, 14 de diciembre, 1931.
- 1933 La Isla del Coco. Rafael Heliodoro Valle. *Centro América*. Libro de lectura N° 4, página 153.
- 1934 *La Tribuna*, Nos. 4189, 4190, 4191, 4192, 4193, 4194, 4195, 4196, 4197, 4203, 4207.
- 1934 *Diario de Costa Rica*, Nos. 4474, 4476, 4483, 4484.
- 1935 *La Tribuna*, Nos. 4306, 4307, 4308, 4327, 4355, 4389, 4391, 4443, 4446, 4452, 4453, 4454.
- 1935 *Diario de Costa Rica*, Nos. 4621, 4726, 4727, 4729, 4734, 4735.
- 1935 *Boletín Judicial*. Remate de los objetos decomisados por las autoridades a los expedicionarios ingleses. Año XLI, N° 4, domingo 6 de enero de 1935.
- 1935 *Páginas de Antaño*. Rafael Villegas, página 25.
- 1935 *Costa Rica Filatélica*. Nuevas emisiones postales, pág. 65, No. 11.

(Tomado de la "Revista del Colegio de Señoritas")

**NOTA DE LA DIRECCION:** Debemos a la gentileza del historiador don Ricardo Jinesta, los dos primeros artículos de este tomo sobre las islas costarricenses, tan olvidadas, del Caño y del Coco, así como al señor Director del Colegio Superior de Señoritas Profesor don Salvador Umaña, los apuntes siguientes sobre el mismo asunto y casi todos los clisés de los grabados que aparecen.

Los artículos citados del señor Jinesta aparecieron en la revista *ELEVACION*, dirigida por don Lorenzo Vives, año I, N° 5; los otros en la *REVISTA DEL COLEGIO SUPERIOR DE SEÑORITAS*, dirigida por las alumnas, y en los Nos. 4 y 5 de julio y agosto de 1935, año II.

## *Manila: Centro Industrial de Abacá*

Con mucho gusto contesto hasta donde me ha sido posible el cuestionario que me envió:

1º—La población de Manila está situada como a 20 millas al Oeste de Limón, a 18 metros sobre el nivel del mar y en la parte alta de la extensión cultivada de abacá. La riega el río Pacuare por el N. y NE. El clima es cálido durante tres a cuatro meses del año y el resto templado. Las brisas del mar refrescan un tanto la temperatura en los días calientes. El suelo es húmedo y boscoso; el invierno es en toda esta región bastante crudo, con fuertes tormentas. Tiene el caserío entre 800 y 1000 habitantes.

2º—En la plantación de abacá hay 5,000 hectáreas cultivadas, todas en producción.

3º—La cantidad de fibra que produjo esta plantación de abacá, por ejemplo en el año 44, según promedio, fué de 1.840,000 Kgs. por día; pero durante el presente año está produciendo solamente la cuarta parte o sean 460,000 Kgs. diarios. Esa cantidad se obtiene de 3,000 hectáreas, negándose 2,000 hectáreas a dar tallo bueno. El atraso y pérdidas sufridas es a causa de las inundaciones del año pasado. Por lo tanto, la hectárea está produciendo 153 Kgs., con un costo de \$ 0.55 el Kgm., igual a \$ 84.15. Y en resumen éste es el valor que se le da a la fibra producida por hectárea.

4º—Como estas tierras son en general pantanosas, sus suelos se preparan practicándoles drenaje, abriéndoles los canales necesarios; durante el año mantienen la planta limpia de yerba por medio de chapias y rodajeas. Debido al

empobrecimiento de vegetal en el terreno, abonan con sal la mata (Nitro).

5º—Aquí, el sueldo del Gerente fluctúa entre los 250 y 300 dólares; los mandadores de fincas ganan 135 dólares, y los capataces ₡ 275.00.

6º—El sistema que tienen los peones para trabajar, es por secciones: los de ingeniería y agricultura ganan ₡ 8.00 diarios, menos los cortadores de tallo que trabajan por metros cúbicos, sacando un sueldo diario entre ₡ 8.00 a ₡ 10.00; los de construcción ganan ₡ 9.00; los obreros de la planta, que trabajan 8 horas diarias, a ₡ 0.75, igual ₡ 6.00.

7º—Las habitaciones para los trabajadores no son nada higiénicas; en la planta alta, hay dos aposentos pequeños lo mismo que en la parte baja, y se alojan dos familias, por lo general numerosas. A las puertas y ventanas no les pusieron cedazo, resultando el peligro de la entrada del zancudo.

8º—Manila tiene su dispensario bien atendido por un médico y dos asistentes, para los casos no graves; cuando el caso o enfermedad es grave, mandan inmediatamente al enfermo al hospital de Limón, en donde recibe la atención médica. Hay buena cañería, que provee de agua a la población y es obtenida de pozos artesianos perforados a 125 pies.

9º—Los habitantes de Manila, viven expuestos a contraer en cualquier momento alguna de las enfermedades endémicas conocidas en esta región, como la malaria, el vómito negro y el trancazo; lo mismo expuestos a las mordeduras de serpientes.

10.—Existe la separación de clases: los altos empleados viven en la zona, en casas construídas con todo confort; su servicio de transporte se hace en casillones y carros de motor en los que puede uno trasladarse con rapidez a Limón. La finca no tiene más camino transitable que es el de la vía férrea.

11.—El Comisariato de la Compañía tiene su cantina

que expende gran cantidad de licores, principalmente los días de pago. También en esos días hay juegos tanto en las casas como en la calle y ventas de licor sin patente; en general se nota bastante corrupción.

12.—La Compañía tiene a cargo la parte educativa de los niños en edad escolar. Provee a éstos de útiles y paga los sueldos de los maestros de enseñanza; cuida de que en la escuela reine el orden en las labores escolares. Al Cura Párroco de Siquirres le facilita el local de la escuela para que diga misa cada cuarto domingo del mes. Hay campo de deportes en donde juegan beisbol y fútbol, un teatro para cine, y a menudo dan bailes con carácter social, tanto la raza de color como los del país.

13.—El maestro de escuela procura el acercamiento, vivir en buenas relaciones tanto con el alto empleado como con el trabajador; es su misión estar en armonía con todos para la buena marcha de la escuela. El edificio escolar tiene un salón que lo divide una mampara en dos aulas, y dos habitaciones bien acondicionadas para el alojamiento de los maestros.

14.—Hay una planta eléctrica bien instalada, alimentada por aceite, la cual da fuerza y luz.

15.—El distrito de Manilla mantiene un Servicio Sanitario que trabaja con gran celo en la higienización y limpieza del caserío y sus alrededores, al cuidado de don Ciodomiro Mora, jefe muy competente.—Abel Rojas, Maestro.

*Recomendamos a los MAESTROS estos libros:*

**Arrullos**

II y III Grado  
de

Carlos Mora Barrantes

**BRISAS**

II y IV Grado  
de

Salvador Umaña

**Abejitas**

I y II Grado  
de

Macabeo Vargas C.

*Fueron editados en Argentina; tienen bellas lecturas y hermosos grabados. Búsquelos en todas las LIBRERIAS.*

# La Escuela Primaria en Costa Rica

POR CARLOS MORA BARRANTES

(Continuación)

## EL MAESTRO ARGUEDAS

Don Rafael E. Fallas fué un honorabilísimo hombre de mi pueblo; tiene para mí un recuerdo semejante al del Farolero de don Anastasio Alfaro: me zurró de pequeño y me zurró de adulto cuando le reclamé el primer ultraje. Confieso que en ambas ocasiones tuvo sus razones y que a partir de la segunda hicimos buenas migas.

Entonces me refirió muchas cosas interesantes de su vida y no me parece justo que este apunte se pierda:

—El primer maestro que tuve allá por el año de 1870, primero de la administración de don Tomás Guardia, fué un señor Arguedas. Fué en San Miguel de Desamparados: apenas habría diez casas de adobes.

El era pagado por los vecinos y creo que se llamaba Antonio; le decíamos mano Arguedas. Le faltaban las piernas; me parece haber oído que las perdió en la guerra del 56. Daba las lecciones en su casa, encaramado en una especie de tribuna formada por una ventana. Era un hombre rechoncho, rojo e iracundo, con grandes barbas y unas manazas peludas. Cuando entraba a la sala saltando como una rana, no se oía el vuelo de las moscas.

Solamente enseñaba lectura, escritura, números y religión. Usaba un palo largo con un cordeito del cual colgaba

una bala de plomo como de a onza, especie de caña de pescar que servía para llamar la atención a los distraídos. Había que estar atento a la lección, pero más a la varilla, porque si fallaba al distraído o desaprovechado, la bala hacía blanco en varias cabezas. Me tenía tan atormentado y listo que todavía me agacho cuando pasa de improviso una golondrina. Usaba además un foete de cuero para castigar en frío las faltas graves cometidas, casi siempre a petición de un padre o de un vecino.

El renglón de los castigos es bien largo; es verdad que la palmeta no me asustaba porque siempre he tenido estas manos callosas como cáscara de pochote.

Yo no aprendí a leer en libro ni a escribir en papel: la letra impresa la aprendimos en carteles dibujados por el maestro en pedazos de gaceta. Escribíamos en el reverso de las hojas de guineo negro, con un punterito de madera; las hojas tienen una película como de ceniza. También escribíamos en las paredes o en tablas, con carbón de los trapiches.

El sueldo del maestro se pagaba con productos agrícolas o animales volátiles. Por mí pagaban un atado de dulce por semana.

Me olvidaba contarle que cuando el maestro hacía un buen cumplimiento o el discípulo resultaba aprovechado, la madre venía a la escuela con una gallina aderezada para él.

Déjeme contarle más de los castigos: dentro de los que más me mortificaban estaba el arrodillarnos sobre granos de maíz o ponernos en la ventana con letreros difamantes: "Yo soy un burro", decía una corona con orejas de burro; "No debo pelear", y nos ponían una testera de buey.

Recuerdo que una vez le cayó a mano Arguedas una pluma de soterré en la barba, después de hacer un tornillo desde el nido. Todos nos pusimos rojos de pujar una risa que sosteníamos agarrada en los dientes.

Yo no lo pude remediar y solté una risa terca y seguida. Todos se contagiaron y entonces hubo un aguacero graneado de balazos. Luego fui llamado al agujero de la ventana: allí recibí más azotes que mi Señor Jesucristo. Y todo porque no podía ni con esas dejar de reír ni decir el motivo de mi risa. Por fin casi sudando empecé: mano Arguedas, es que tiene una pluma de soterré en la barba.

Fuí arrodillado sobre un puño de maíz en una de las ventanas que daba a la calle; me puso con los brazos abiertos, como un zopilote asoleándose, y un letrero que rezaba: "Perdone, señor maestro; le ha caído una pluma en la barba". Todos los que pasaban se reían de mí. Como mis compañeros se rieran de mi pobre y extraña figura, fueron formando una hilera de arrodillaros sobre maíz, el cual regaba él mismo de un sombrero viejo, a gatas y saltitos de sapo toreado.

Esa semana ganó mano Arguedas una gallina al horno, la cual fuí a llevar con mi madre, quien todavía al oír el relato me ajustaba los cardenales con pelliscos. De paso le cuento que mi padre me colgó de la cintura en una viga de la sala y me prendió un tusero debajo. Yo hacía milagros de equilibrio con los miembros abiertos, subía por el mecate y por fin venía casi a tocar las llamas. ¡Ay! amigo, que antes se educaba en una forma!...

Pero no le guardo rencor a mano Arguedas, que Dios tenga a fuego lento: todo lo que sé, todo lo que soy, todo el respeto que tengo por Dios, mis padres y mis semejantes, se lo debo a él.

De joven todavía le guardaba cierto rencor y su presencia me crispaba los pelos de la espalda. Pero a lo largo del tiempo su figura ridícula se me va haciendo cada vez más venerable; en su nicho de la ventana lo voy viendo como si fuera un santo.

**Nota:** ¿No será el maestro Valverde?

### LUIS FELIPE GONZALEZ

Es un infatigable trabajador. Cuando estuvo en el Ministerio de Instrucción Pública demostró su cariño por la enseñanza y realizó algunas obras plausibles, entre otras, el establecimiento de la Escuela Normal en Heredia, su nativa ciudad. Es indudable que la enseñanza del país le debe un buen impulso al señor González.

Muy laborioso, ha publicado profusamente; sobre todo en cuestiones de pedagogía, que es el campo que cultiva. Señalamos: Andrés Carnegie, en colaboración con Brenes Me-

sén, 1908; El Problema de la Enseñanza, 1910; Educación Vocacional, 1912; Psicología Experimental, en los Anales del Ateneo, 1913; Desenvolvimiento Intelectual de Costa Rica en la época del Coloniaje, 1914; Don Mauro Fernández, su Vida y su Obra, 1915; La Obra Cultural de don Miguel Obregón, 1920; Código de Instrucción Pública, en colaboración, 1920; Historia de la Influencia Extranjera en el Desenvolvimiento Educacional y Científico de Costa Rica, 1921. (Paidofilaxis, Psicología del hijo único y colaboración en el Código de la Infancia.)

El señor González colabora en valiosas revistas extranjeras y ha tenido el honor de que varios de sus trabajos sean vertidos a otras lenguas. Y en los periódicos y revistas del país se halla con frecuencia su nombre, suscribiendo estudios o artículos doctrinarios sobre educación. Dignos de notarse entre ellos son los referentes a la "Psicología Diferencial de los Sexos", publicados en 1913, y la serie publicada en febrero de 1921 en el "Diario de Costa Rica", bajo el pseudónimo de Quintiliano, sobre "La Función Social de Nuestros Colegios".

En el mismo Diario publicó el 29 de junio de 1921, con oportunidad de la celebración del centenario del cultivo del café, un extenso estudio titulado "Historia del Cultivo del Café en Costa Rica y su Influencia en el Desenvolvimiento de la Cultura Nacional". Todo ello prueba, pues, que ha sido un trabajador empeñoso y entusiasta por el mejoramiento cultural del país.

### CARLOS GAGINI

Filólogo, escritor, poeta, y sobre todo eso, maestro. Así se le llamó con cariño, el maestro Gagini; porque dedicó toda su vida al noble ejercicio de la enseñanza; ya en las aulas, ya en la prensa. Como filólogo, no sería posible estudiarlo en pocas líneas; basta decir que es uno de los más notables del país y que ése es su mejor campo. Como escritor, no es imaginativo; es realista. Como poeta, es sincero, reflexivo, no se preocupa sino de que se diga en sus versos lo que él piensa.

Incansable y laborioso, tiene gran número de obras que apuntamos aquí: pedagógicas y lingüísticas: Ejercicios de

Lengua Castellana, Vocabulario de los Niños, Vocabulario de las Escuelas, editadas en la Imprenta Nacional; El Lector Costarricense, cuatro volúmenes, edición de Barcelona; Elementos de Gramática Castellana, cuarta edición de la Librería Sauter; Programas de las Escuelas Primarias, 1909; Diccionario de Barbarismos, 1892; Diccionario de Costarriqueñismos, 1918; Ensayo Lexicográfico sobre la lengua de Térraba; Educación Nacional, folleto; Tomo I de los Documentos Históricos de los Archivos Nacionales, ediciones de la Tipografía Nacional; Nociones de Psicología, 1911, Imprenta del Comercio; La Ciencia y la Metafísica, en los Talleres de Falcó y Borrásé; y los Aborígenes de Costa Rica, editado donde Trejos y Hnos.

**Literatura:** Charramasca, (cuentos), 1898, Imprenta de Lines; Obras Dramáticas (dos zarzuelas y una comedia), Imprenta A. Delgado, San Salvador; Cuentos Grises, 1918, Falcó y Borrásé; El Arbol Enfermo, La Sirena, la Caída del Águila, novelas impresas donde Trejos y Hermanos; en la revista Páginas Ilustradas se publicó una comedia suya: Las Cuatro y Tres Cuartos. Dejó además siete obras inéditas y tres en preparación, lo cual hace ver que a pesar de sus sesenta y tantos años, este hombre trabajador y lleno de energía, murió en plena cosecha intelectual.—(De "Poetas y Escritores de Costa Rica", por Rogelio Sotela).

Le conocimos como Profesor de Castellano, como Director de varios Colegios de Segunda Enseñanza y de la Escuela Normal. Como se debe notar por la época en que vivió, pertenece a la Edad de Oro de Costa Rica, al herbatismo y al positivismo racionalista de su época, en la que fué lumínaria.

## EPILOGO:

En el número 152 de esta revista encabezamos un estudio con el título de "La Escuela Normal de Costa Rica", debiendo haber firmado así: Condensa Carlos Mora Barrantes, porque en realidad de mi cosecha es muy poco lo original; los apuntes han sido tomados de tres fuentes: Historia de la Influencia Extranjera en el Desenvolvimiento Edu-

cacional y Científico de Costa Rica, por Luis Felipe González; Revista de los Archivos Nacionales, que dirige el General don Jorge Volio Jiménez, y Poetas y Escritores de Costa Rica, del poeta don Rogelio Sotela.—N. de la D.

## *Cuatro hombres ilustres que concurrieron al entierro de Morazán*

(Fragmento)

**D**OS grandes tragedias políticas registra nuestra historia: el fusilamiento del General don Francisco Morazán en 1842 y el de don Juan Rafael Mora en 1860. Morazán fué ejecutado en la plaza mayor de San José en presencia de la exaltada muchedumbre que había exigido su muerte. Mora cayó en una plaza solitaria de Puntarenas ante un montón de soldados que tenían los ojos llenos de lágrimas. Ambos murieron en actitud heroica, sin permitir que les vendasen los ojos. Morazán dió las voces de mando como en la parada. Mora dirigió palabras de aliento a los soldados cuyas manos temblaban, encomendándoles que le apuntasen al pecho y no le estropeasen la cara.

Ignoro quiénes acompañaron el cadáver de don Juan Rafael Mora hasta la fosa abierta en El Cangrejal. Pocos o muchos, los que cumplieron con tan piadoso deber no necesitaron para hacerlo de tanto valor como los que dieciocho años antes habían seguido los despojos de Morazán hasta el antiguo cementerio de San José, porque la vida y las propiedades de los más notorios amigos y partidarios del caudillo federalista estuvieron amenazadas, a raíz de la victoria, por la cólera popular. Don Antonio Pinto tuvo que protegerlas confiando esta tarea al teniente-coronel don Florentino Alfaro, que la desempeñó con un celo digno de su buen corazón. Era por consiguiente muy peligroso en aquel

momento manifestar sentimientos contrarios a los de la inmensa mayoría triunfante.

Ninguno de los centenares de documentos del año 1842 que han pasado por mis manos tratan del entierro del General Morazán, y tan sólo el que voy a reproducir, escrito en 1848, consigna los nombres de cuatro de las personas más conspicuas que concurrieron a ese acto:

Don Juan Mora Fernández, el eximio primer Jefe del Estado y Vice-jefe del mismo en 1842;

su hermano don Joaquín, enemigo mortal de Carrillo, por quien había sido puesto fuera de ley;

don Mariano Montealegre Fernández, el primer ingeniero costarricense, discípulo de Stephenson, a quien se atribuye el invento de la locomotora, que en realidad se debe a Trevithick;

el coronel don Rafael García Escalante, distinguido militar que había mandado el primer contingente de Costa Rica en el ejército federal y las tropas que vencieron a los facciosos de Heredia y Alajuela en la guerra civil de 1835.

Ricardo Fernández Guardia

De "Ariel".

## PIEDAD PARA EL NIÑO, MAS QUE FIESTA Y CONFITES

POR CARLOS MORA BARRANTES

Me entero con satisfacción de que se ha señalado en el calendario escolar un día festivo más: el DIA DEL NIÑO. Sin embargo, me temo que llegue a ser una simple efeméride de mistisismos.

En Europa y Estados Unidos son muy dados al canto después de la cosecha; en Méjico, según las películas, se

canta mientras se trabaja; pero en Costa Rica somos como los gallos, que cantan muchas veces antes de levantarse.

Ojalá que esta fiesta del niño no se convierta sólo en cantos de los que llevan el corazón contento porque no tienen hambre ni frío, de los que están alegres porque son inteligentes y no traen neurosis de tristeza; ojalá que esta fiesta no se convierta en simple fiesta de la caridad, para hacer sentirse más mendigo al desamparado; espero que con motivo de esta fecha de lo que se trate sea de despertar la conciencia dormida y que, tanto los maestros, profesores, pedagogos, médicos, abogados, escritores, periodistas, sacerdotes y hombres de negocios, se junten para aunar sus esfuerzos y conseguir para los niños, ya irregulares mentales, pedagógicos o sociales, encarcelados, mendigos, enfermos o huérfanos, su liberación o su alivio.

Es hora de fundar, sin seguir siendo una carga para el Estado, una Sociedad Paidológica que piense, que investigue, que experimente, que teorice, que publique, que enseñe; pero aún más una Institución de Paidología Práctica que trate de resolver los problemas externos más urgentes: liberación de los niños presos en los reformatorios, de los que padecen la miseria, la corrupción, el hambre, las enfermedades, la falta de higiene.

Ojalá que este llamamiento halle eco en las conciencias comprensivas y no parezca alusión para nadie; aquí, antes que laboratorios para estudiar los problemas interiores, están haciendo falta corazones resueltos a resolver muchas miserias e injusticias que se le salen por las mejillas pálidas y los ojos tristes a los niños, que no es falta de apellido lo que sufren, sino falta de pan, de salud, de sol, de libertad, de amor y alegría.

¿Y qué tengo yo que ver?, se dirá quien tiene a sus hijos en un lecho de rosas. Pues esa generación maldita pesará sobre su cabeza y sobre la de sus hijos, porque ella engendra la carne de los hospitales a cuyas bacterias nadie escapa; la sangre de los dementes que puede alcanzar a la de sus hijos; el puñal del crimen, cuya venganza nadie sabe cuándo opera; esa generación es una piedra que pesa contra usted en la balanza de su conciencia y será siempre una mole en la espalda de las sociedades.

## MAURO FERNANDEZ Y SU FAMILIA DE EDUCADORES

Por una omisión que lamento, de mis apuntes originales escaparon dos nombres que pido se incluyan en esta lista de meritísimos educadores:

Doña Mercedes Tristán de Zúñiga, quien durante 24 años sirvió como profesora de Corte y Costura en el Colegio Superior de Señoritas y en la Escuela Normal de Costa Rica; y doña Nicolasa Tristán de Güell, quien por varios años sirvió como maestra en las escuelas públicas de San José.

Pido excusas a los estimados parientes de estas matronas por mi imperdonable descuido.

c. m. b.

---

# CUADERNOS para ESCOLARES

TODOS LOS

## RAYADOS

DE LA MEJOR CALIDAD Y  
DE TODOS LOS PRECIOS

OFRECE

AL POR MAYOR  
Y AL DETALLE

LA

# LIBRERIA ESPAÑOLA

SAN JOSÉ, COSTA RICA